

Luis Cané  
La compañera de un gran novelista  
(*Mundo Argentino*, nº 922, 19-9-1928, pp. 11 y 26)

De paso para Chile, su país natal, al que regresa después de veinticinco años de ausencia, ha sido nuestra huésped de unos días la señora doña Elena Ortúzar, viuda de don Vicente Blasco Ibáñez, el eminente novelista cuya muerte acaecida en Menton el 28 de enero último, provocó en todo el mundo literario y en el público lector de todo el mundo un profundo sentimiento de pesar que puso de manifiesto la admiración que en todas partes, sin excepción de nacionalidades, clases sociales y opiniones políticas, se le profesaba al autor de *Los cuatro jinetes del Apocalipsis*.

Doña Elena Ortúzar, cuyo matrimonio con Blasco Ibáñez duró apenas tres años, fue una inapreciable colaboradora moral del escritor. Dotada de una cordialidad bien chilena y de una vasta cultura, estimuló con su venturosa compañía al fecundo novelista que, en estos tres años, realizó tres novelas: *A la busca del Gran Kan*, *El Caballero de la Virgen* y *El fantasma de las alas de oro*, obras que le fueron contratadas por el editor norteamericano Hearst, propietario del *Cosmopolitan Magazine*, donde serán publicadas en inglés antes de ser editadas en su idioma original. Las dos primeras novelas mencionadas pertenecen a una serie de tres que Blasco Ibáñez dejó inconclusa y que, bajo el título de *El oro y la muerte*, refería la odisea de Núñez de Balboa en el océano Pacífico.

También se llevó a la tumba Blasco Ibáñez su proyectada novela *La juventud del mundo*, a la cual debió dar comienzo el 18 de enero de este año, es decir, diez días antes de morir. Todo estaba ya dispuesto para que el escritor empezase la tarea material de desarrollarla, pues hacía años que la tenía planeada, estudiada, documentada y madurada en su vigoroso cerebro. Pero no ha quedado de ella una sola línea, aunque sí el esquema grandioso en el recuerdo de la ilustre dama que fue su compañera y a quien él había confiado ampliamente su proyecto.

\*\*\*

En la embajada de Chile, donde fue alojada por su tío, el señor embajador don Gonzalo Bulnes, la señora de Blasco Ibáñez se prestó a

la entrevista que el día de su llegada de Europa, y aún a bordo del Valdivia, concedió excepcionalmente para *Mundo Argentino*.

Después de elogiar con gentil simpatía a Buenos Aires y a la amabilidad porteña, provocamos la conversación acerca de la vida de Blasco Ibáñez en los últimos tiempos.

—Vicente era extraordinariamente ordenado —nos dice con incontenible emoción, a la que se aúna una franca admiración entusiasta—. Invariablemente se levantaba a las ocho de la mañana, tomaba un desayuno frugal y bajaba a dar indicaciones y dirigir las obras que se realizaban en el jardín, disponiendo la colocación de las estatuas.

(Se refiere al jardín de los novelistas, que rodea su casa de Menton, donde Blasco Ibáñez hizo colocar las estatuas de Cervantes, Zola, Dostoievski, Flaubert, Hugo, Daudet, Tolstoi, y otros, ejecutadas por el escultor ruso Bernstramm, autor del monumento de Pedro el Grande, de la estatua con que París honró la memoria de Guy de Maupassant, y al cual se ha confiado la realización del monumento a Blasco Ibáñez, que se erigirá en Menton, costeadado por los republicanos de Valencia, para ser inaugurado en el primer aniversario de su muerte.)

—A las diez en punto —prosigue doña Elena Ortúzar—se ponía a escribir hasta la una y media; luego almorzaba, leía, y volvía a escribir desde las cuatro hasta las nueve o las diez. Sus novelas, que él preparaba mentalmente durante largos años, las desarrollaba, relativamente, en poco tiempo, el tiempo necesario para escribir.

Lo que más le fastidiaba era corregir las pruebas de imprenta y escuchar el más leve ruido cuando escribía. Su oído, de una percepción sutilísima, le resultaba en tales casos un motivo de tortura. Toda la casa, y especialmente su habitación de trabajo, estaba verdaderamente forrada, protegida contra la invasión de ruidos. Mis perros, que yo los discipliné con paciencia, llegaron a parecer mudos. Ahora se deben estar desquitando... Porque mientras yo quedé en la casa, tampoco ladraron. En mi tarea de vigilar el silencio que debía rodear a Vicente, ha llegado también a serme necesario. Y tal es mi costumbre que, muchas veces, cuando estoy distraída y oigo ruidos, me sobresalto como si «él» estuviera escribiendo o dictando. Últimamente casi no escribía; dictaba. Temeroso de que pudiera progresar la afección que padecía a la vista, procuraba dar a sus ojos el menor trabajo posible.

Esa fue su única manía: el silencio, llegando al extremo de tener que comprarse un terreno grandísimo baldío, de propiedad municipal, que había frente a casa y que se utilizaba para hacer fiestas populares, siempre bulliciosas y que a veces duraban varios días.

\*\*\*

Bien se advierte, en el transcurso de nuestra conversación que hasta el más mínimo recuerdo para exaltar todo el tesoro afectivo del corazón de esta mujer que, como las vestales que cuidaban el fuego sagrado, mantuvo hasta el último momento la fortaleza espiritual e intelectual del eminente novelista, en cuya obra de los últimos años continúa presente la integridad de su plenitud, sin un asomo de desgaste ni de flaqueza.

La disciplina de su trabajo había llegado a ser su verdadera fuente de inspiración. Estudiando, observando, escribiendo, su vida templada de energía no tenía otro descanso que el afecto de que lo rodeaba su compañera. Por eso Casilda, que durante muchos años fue como el escudero de Blasco Ibáñez, y cuyo motivo de vida parecía limitado a seguir únicamente a su señor, prolonga el cariño que tuvo por el gran novelista, convertida en dama de compañía de su viuda.

Casilda es una buena y sencilla mujer, natural de Cantalarruz, pueblecito de España, que un día entró al servicio de Blasco Ibáñez y allí se quedó para siempre. Don Vicente encontró en ella lo que don Quijote en Sancho Panza y la retuvo a su lado, acaso para consolar los esfuerzos de su imaginación con la lógica positiva y la inteligencia práctica de Casilda. Con ella dio la vuelta al mundo, con ella se sentó a la mesa de grandes hombres, con ella compuso uno de los bien observados personajes de sus libros llenos de humanidad, con ella conversaba cuando sentía deprimido su espíritu. Y ante el ejemplo de la simpleza de espíritu de Casilda, Blasco componía nuevamente el suyo, como se conforta un pájaro vencido de cansancio en el calor de dos manos rudas, pero generosas.